

América en los libros

La caverna de las ideas, José Carlos Somoza, Alfaguara, Madrid, 2000, 429 pp.

Entre las novelas publicadas por el cubano Somoza (La Habana, 1959) figuran títulos como *Silencio de Blanca* (Premio La Sonrisa Vertical 1996), *La ventana pintada* (Premio Café Gijón 1998), *Cartas de un asesino insignificante* (1999) y *Dafne desvanecida* (finalista del Premio Nadal 2000). A esa galardonada serie podemos añadir un nuevo relato, *La caverna de las ideas*, que dispone de todos los materiales y motivos que suelen merecer el rótulo detectivesco. Se trata, pues, de una novela policial, propia de un género mestizo en el cual también es dable encontrar ese tipo de rememoraciones históricas que tanto promociona últimamente la industria editorial. Y es que, tal vez para contrarrestar el peso de sus convenciones, el género iniciado por Edgar Allan Poe rastrea su moderna inspiración en un pasado lejano. Sin duda, abundan los trabajos catalogables en este conjunto, y no es Umberto Eco quien inicia el inventario, por más que *El nombre de la rosa* (1980) figure entre los títulos de mayor fama en el registro.

Al hacer nómina de autores, se suele citar al sinólogo y novelista

Robert Van Gulik, que ambientó en China, durante la segunda mitad del siglo VII a. C., las inquisiciones de su personaje más popular, el juez Dee, figura central de un ciclo novelístico iniciado por *Chinese Bell Murders* (1952). Tiempo después, Ellis Peters, en la colección de novelas que inaugura *A Morbid Taste for Bones* (1977), propuso un detective del siglo XII, el monje Cadfael. Es otro fraile del medievo, el dominico Athelstan, quien protagoniza una serie de narraciones en las cuales comparte la pesquisa con Sir John Cranston, juez en la ciudad de Londres. Paul Harding, creador de ambos personajes, urdió para ellos una novela inaugural, *The Nightingale Gallery* (1991), y entregó luego numerosas secuelas. Curiosamente, Harding es uno de los varios heterónimos del historiador oxoniense P. C. Doherty, principal impulsor de este género híbrido y responsable de una de sus sagas más copiosas y difundidas: aquella que dedicó a Hugh Corbett, un investigador a las órdenes de Eduardo I de Inglaterra.

Con esa pauta flexible, el repertorio reciente de lo policial también ofrece materiales que recrean atmósferas de la antigua Roma. Es muy significativa la publicación de *A Roman Death* (1989), de Joan

O'Hagan, antecedente de la novela *Roman Blood* (1991), de Steven Saylor, primera de las obras consagradas al investigador Gordiano el Sabueso. El ciclo que compite con el de Saylor se debe a la británica Lindsay Davis, cuyas novelas sobre Marco Didio Falco, indagador a las órdenes de Vespasiano, aparecen a un ritmo anual desde que se editó la primera de ellas, *The Silver Pigs* (1989).

Fijando la taxonomía, el lector curioso puede comparar algunos títulos del último párrafo con el entretenido libro de José Carlos Somoza que motiva esta reseña. A primera vista, es ésta la traducción de una obra del griego Filotexto de Quersoneso, donde nos es narrado el misterio criminal que conmueve a los atenienses desde que se halla el cadáver muy maltrecho de un efebo. Es, por otro lado, una versión curiosa, pues el cuento policial va acompañado de notas a pie de página, y éstas revelan nuevos enigmas que van dislocando las líneas del tema. Es de notar que el desenvolvimiento paralelo del relato introduce una preocupación hacia otros rumbos. A saber: la competencia enciclopédica de lector y traductor; el autor y el lector modelo como estrategias textuales; y, en suma, otros mecanismos de cooperación interpretativa investigados por semiólogos como Eco.

Para el novelista, que parte de un motivo inicial tan fértil, el protoco-

lo de Conan Doyle sirve para su pareja detectivesca, formada por Heracles Póntor, a quien llaman el descifrador de Enigmas, y Diágoras de Medonte, que enseña filosofía y geometría en la escuela de los jardines de Academo. Indudablemente, la pesquisa de este dúo será recibida con mayor beneficio por quien sienta simpatía (literaria) hacia los problemas criminales y los desenlaces imprevisibles. Queda, pues, en sus manos este volumen que enriquece la bibliografía hispana de un tipo de novela histórico-policial ya célebre en el entorno anglosajón.

El árbol de la copla. Antología de coplas populares argentinas, Selección y prólogo de Leopoldo Castilla, Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos C. L., Buenos Aires, 1999.

El poeta argentino Leopoldo Castilla (Salta, 1947) ha ensayado la antología en volúmenes como *Nueva poesía argentina* (Hiperión, 1987) y *Poesía argentina actual* (Siesta, 1988). En esta nueva edición, el índice registra un generoso compendio de la poesía folclórica argentina, enriquecida por el peregrinaje oceánico de los temas y también por los azares del castellano en la república: modulaciones

de la oralidad que se resuelven musicalmente en este yacimiento de coplas, como si se hubieran abierto cauce desde los orígenes para luego adquirir dimensión literaria. Ya insiste Castilla en que «es la copla una unidad fundamental de nuestra cultura. Cada una es un trozo de nuestra cosmogonía. Y esa cosmogonía nos incluye». Así, pues, antologar coplas, reunir un número discreto y razonado de ellas, conlleva el reconocimiento de esta serie como testimonio de la identidad nacional y cultural. En cierto modo, vale decir que, merced a la visión de conjunto, el ritual de los cancioneros aparece como escenario de la expresión metafórica y metonímica que viene a componer la argentinidad.

Hablando de identidades culturales, aquí nos precipitamos en una primera certidumbre (armada sobre estereotipos) que Castilla observa desde su borde metafísico. «El pensamiento europeo —nos dice— es causológico y, aunque la copla por su propia arbitrariedad poética lo viole, no logra subvertirlo del todo. El mundo indígena, en cambio, le añade una gravitación totalmente distinta. Los pueblos originarios de América, ya sea por un ingrediente animista o por una concepción pánica de la realidad, conciben el universo como un fenómeno donde todo ocurre interrelacionado, lejos de los consensuados [...] sistemas

de causa y efecto». En las coplas que integran el volumen reaparecen los lugares comunes del capital simbólico argentino, ordenados por el compilador en tres campos distintos. El primero de ellos obedece al epígrafe *La tierra, el hombre, el cantar y la muerte*, y colaboran en él pasiones telúricas, imagen de eternidad y amargura, sin desmedro de la pasión. Esto último ayuda a entender coplas como la siguiente: «La muerte me ha malquerido, / nada tengo y me defiendo / y ya no espero a la muerte: / solito me voy comiendo».

En su sentido más radiante, venturosamente expresado, el amor vendría a justificar el segundo tramo del texto, donde se incluyen líneas de íntima confesión como éstas: «Dos corazones heridos / por la misma enfermedad; / ambos se quitan la vida / por no decir la verdad». Por último, no hay una sola de las coplas dispuestas bajo el rótulo *La fiesta* que no se beneficie de la alegría de vivir y de ese carnaval «que va derecho a la gloria», con todas las sonoridades de la tierra.

Con este acento popular, clasificable en la más pura tradición castiza, el repertorio descubre y examina viejas voces en un persistente y divertido devenir dialéctico. Un glosario y la bibliografía servirán al curioso para evaluar los alcances de la materia que tan felizmente ha desgranado Castilla.

José Martí. Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica, Paul Estrade, Doce Calles, Madrid, 2000, 794 pp.

Sobre el pensamiento martiano se ha escrito mucho, hasta acumular una biblioteca desmesurada. El valor humano y estético de Martí fijan en el tiempo a la cubanidad, de suerte que no escasean las monografías donde el tono habitual es hagiográfico, enronquecido por la mitificación y los códigos del imaginario local. Ello nos sitúa un trecho más allá del hondo magisterio del escritor, más allá de los matices de su doctrina filosófica y de sus observaciones políticas. De los muchos elogios que ha merecido el poeta cabe recordar aquí ciertas líneas de Lezama Lima que no se esfuerzan en ocultar el sesgo bolandista: «*Et caro nova fiet in die irae*. Tomará nueva carne cuando llegue el día de la desesperación y de la justa pobreza» (*Orígenes*, n.º 33, 1953). Bajo este influjo, celebrada como arquetipo que sigue viviendo en la memoria, la figura de Martí va deshilvanando un ciclo de adhesiones que linda con fines políticos diversos, por más que el castrismo haya fomentado su exaltación en dialecto romántico. A través del mismo fervor, no ha de pasar inadvertido uno de los párrafos que coronan el vasto volumen de Estrade, donde es curioso advertir el siguiente cotejo: «su comprensión

cabal del momento histórico, su progresismo y su genio colocan a Martí en la mitad del camino que va de Simón Bolívar a Ernesto Che Guevara, y a la altura de ambos». Naturalmente, quien escribe estas líneas corre peligro de incurrir en rasgos más propios de otro tiempo y de otra coyuntura internacional, porfiando en preservar esperanzas opinables, pero a buen seguro compartidas por su prologuista, Roberto Fernández Retamar, director del Centro de Estudios Martianos y de la revista *Casa de las Américas*. De hecho, este último celebra a Estrade como «conocedor profundo de la cultura de su país y de la de otros, criatura de insaciable curiosidad intelectual, valiente defensor de la asediada revolución de Cuba y de otras causas nobles».

No obstante, si bien es cierto que el presente volumen se incorpora en alguno de sus resquicios a las ceremonias de una revolución colapsada, cabe añadir que tal postura no abarca lo esencial de su materia. Fuerza es agregar que para la ejecución cabal de su obra Paul Estrade ha manejado con generosidad la bibliografía martiana. Sus casi ochocientas páginas proponen la meta de ordenar de un modo perdurable el pensamiento del escritor, y con ese afán quedan divididas en tres partes principales. En la primera el autor conmemora las ideas económicas de Martí, las entreteje en la corriente liberal de su época y